



Postconvencionales

No. 5-6, septiembre 2012, pp. 218-230. ISSN 2220-7333.

ESCUELA DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y ADMINISTRATIVOS



In Memoriam: Lawrence Kohlberg (1927 - 1987)*



* Lo que sigue es una selección de remembranzas o fragmentos provenientes en su mayor parte del folleto: *Fowler, J. W., Snarey, J., & De Nicola, K. (Eds.), (1988). Remembrances of Lawrence Kohlberg. (A compilation of the presentations given at the Service of Remembrance for Lawrence Kohlberg at Memorial Church, Harvard University, on May 20, 1987.) Atlanta, Georgia: Center for Research in Faith and Moral Development.* La única excepción son las palabras de *Ann Higgins, Memorium: Lawrence Kohlberg*, pronunciadas por ella el 23 de Abril de 1987 en el marco de la Conferencia de la *Society for Research in Child Development*. [Selección y traducciones de Levy Farías].

Larry Kohlberg desapareció el 17 de enero de 1987. Sabíamos que para aquel momento estaba experimentando intensos dolores y una severa depresión. Pero Larry había desaparecido antes, había padecido dolores antes, había estado deprimido antes. Seguramente volvería a aparecer de nuevo, aunque fuese en un hospital o en algún hotel en el medio del país.

Cuatro días después, su automóvil fue hallado en una calle ciega cerca de una marisma de la Bahía de Boston. En el asiento delantero estaban su saco, su sombrero y su billetera con una pequeña cantidad de efectivo. Entonces sospechamos que había rendido su vida al mar. “¿Por qué? Podrías haber adelantado tu jubilación. ¿Por qué? Sólo tenías 59 años de edad. ¿Por qué? Tu elección parece tan carente de sentido”. Nuestras almas se ahogaron en un torrente de indignación, como si nuestra ira pudiese lograr que él regresara.

No podíamos perdonarle que nos hubiese dejado; no podíamos perdonarnos por ser menos de lo que él necesitaba. Cada uno de nosotros recordaba la última vez que lo habíamos visto o que habíamos hablado con él, pensando “si tan sólo hubiese sido más sensible a su estado mental, tal vez nunca habría desembocado en esto”. Habríamos hecho lo que fuese, para evitar este terrible evento.

La certidumbre, finalmente, llegó a principios de abril. Su cuerpo apareció en la orilla. Su familia, amigos, estudiantes y colegas, literalmente regados por todo el mundo, caímos en una depresión colectiva. Lloramos nuestra pérdida hasta quedar exhaustos.

Ahora, casi dos meses después, ¿qué nos impulsa a reunirnos aquí? Quizás la esperanza de que, compartiendo nuestros recuerdos de su vida como buena y justa pero también, para él, dolorosa, podamos llegar a entender que su muerte fue trágica pero también, para él, buena y justa. La labor de su vida estaba esencialmente completa; estaba listo para morir. El sumó su cuerpo al del océano. No más dolor, no más pena, sólo unidad eterna con el todo de la creación.

Un orador se levantó y se aproximó al bellamente labrado púlpito de roble. El compartir de hondos recuerdos estaba por comenzar.

John Snarey

Estábamos de pie en la proa del ferry. Éste surcaba las verdosas y oscuras aguas del Atlántico Norte a través de una densa neblina. Nos sentíamos como los únicos dos seres humanos habitantes de una esfera encerrada por la niebla. Hablamos de las emociones y de su rol en el carácter y la acción moral. Hablamos de la culpa. “No debo haber tenido más de seis años”, dijo Larry. “Yo solo, tomé las paletas de helado que había venido guardando y las coloqué cuidadosamente en un montón destinado a representar una pira. Con una oración a cualquier Dios indeterminado que pudiese existir”, dijo, “agarré unos fósforos y encendí la pira con esperanzas de redención y de perdón”. Qué fue lo que precipitó este acto de arrepentimiento y sacrificio infantil, no me lo dijo. Era claro, sin embargo, que la sensibilidad moral y una preocupación moral despertaron muy temprano en el muchacho que luego haría de éstas el centro de sus investigaciones y contribuciones.

James Fowler

A pesar de la intensidad de su compromiso, Larry no reservaba su amistad para aquellos que compartían sus puntos de vista. Por el contrario, su tenacidad como teórico de la psicología y reformador educativo quedaba más que igualada por la constancia de sus apegos a los viejos amigos que discrepaban de él. Hablo como un colega que rara vez concordaba con Larry en cualquier tema de importancia teórica y que sin embargo se benefició poderosamente de su apoyo. Otros que fueron sus compañeros de estudio en la Universidad de Chicago tuvieron la misma experiencia. ¿Cuántas personas conocemos que estén tan fieramente dedicadas a una causa y sin embargo sean capaces de extender su amistad a aquellos ajenos a esa causa? Es esta rara combinación de tolerancia y generosidad con fervor e intensidad —y el gentil humor con que se expresaba— la que será amargamente extrañada por aquellos a quienes nos dejó.

Robert LeVine

Soy la mayor de los cuatro hermanos Kohlberg: Larry era el menor, cuatro años y medio menor. Aún puedo recordarnos vagamente, dando tumbos por los pasillos del piso de arriba de nuestra casa, mientras yo empujaba su carrito de mimbre. Habiendo resentido ya la llegada de los dos hermanos intermedios, me fue fácil aceptar a este nuevo pequeñín, a quien usualmente llamábamos *Peanuts*.

A lo largo de los casi sesenta años de su vida, él fue cuatro hermanos distintos para mí. El primero, por supuesto, fue *Peanuts* —ese rubio, guapo, amable, y desde que fue capaz de hablar, cómico hombrecito—. Al crecer se convirtió en un muchacho curioso, quijotesco, conocido por todos como Laurie. Supongo que era lo que para aquel entonces se consideraba un niño prodigio, pero si ese era el caso pasó desapercibido para la familia, tal vez porque durante nuestros años de infancia enfrentamos muchas convulsiones familiares y un inusual grado de dispersión. Aún así, los niños de la familia Glass, en los relatos de J. D. Salinger, me recuerdan en muchas formas al joven Laurie. En cualquier caso no tuvo nada de raro que durante mi último año de universidad yo le llamase a él, que estaba en Andover, para que me orientara académicamente.

El Laurie número dos era el joven hombre al que yo solía llamar “el Hemingway de los pobres”. Enérgico, aún curioso, saludable, pasó sus pícaros años después de la educación secundaria explorando los Estados Unidos, durmiendo en cárceles y posadas de mala muerte, pasando la noche en el Greenwich Village con poetas barbudos y chicas de la Academia Bennington, corriendo delante de los toros en Pamplona, pescando en arroyos de montaña en compañía de canosos campesinos, trabajando como el más culto engrasador de la Marina Mercante, y finalmente, desafiando los bloqueos británicos para ayudar a transportar a los refugiados judíos hasta su nueva patria. Entre una aventura y otra, a menudo se quedaba conmigo, en mi apartamento de soltera, donde mi primera tarea, en sentido figurado, era fumigarlo.

El Laurie número tres cambió su apodo a Larry y la “u” de Laurence por una “w”. Habiendo recibido su Licenciatura en Artes de la Universidad de Chicago en apenas un año, más nunca abandonó la academia. Como la Escuela de Leyes de Harvard no aceptaba

el título de un año, se fue a la escuela de postgrado que sí lo aceptaba, la de su alma máter, a estudiar psicología, en lugar de derecho. En uno de esos años me llevó a algunos locales frecuentados por los estudiantes, a escuchar intensas discusiones sobre “nuestra relación” y discusiones de estilo talmúdico que hacían las veces de citas en ese valiente nuevo mundo suyo. Laurie se casó, obtuvo un Ph.D., tuvo hijos y comenzó la importante obra de su vida, pero para mí seguía siendo más bien El Gran Sardini, el prestidigitador del colegio. En la familia aguardábamos a que sentara cabeza y se hiciera rico, tal como sus primeras aficiones nos habían llevado a esperar. Nuestra madre se quedó esperando que desarrollara mejores hábitos de acicalamiento y mejores modales en la mesa.

Mientras tanto, este profeta sin gloria se había ido convirtiendo imperceptiblemente en el eje de la familia. Como mi hermana, Hermi, era Tía Hermi para mis hijas, Laurie fue bautizado Tío Hermano por mi esposo. Cuando quiera que un miembro de nuestra familia estaba enfermo, descubría a un esposo infiel, perdía un empleo o tenía un bebé, Tío Hermano estaba allí como interlocutor, cuidador, simpatizante y consejero. Él le abrió el mundo a mis hijas. Él las puso a comer ostras crudas cuando aún eran bebés, les hacía trucos de magia hasta que tuvieron edad suficiente para ver la carta bajo la manga, estimuló su curiosidad intelectual, e hizo de su lugar de veraneo, el Cabo Cod, la vacación predilecta de todos nosotros, así como la sede de sus primeros empleos vacacionales. No puedo imaginar que haya sido coincidencia que las condujera a todas a los postgrados de la Escuela de Educación de Harvard, y a empleos y apartamentos en Cambridge. La mayor, Laura, finalmente recibirá su Doctorado en Educación este mes, sin su principal consejero, el tío Larry. Era algo que él quería mucho y de seguro habría estado con nosotros en ese orgulloso día. Mis otras dos hijas no tardarán mucho en seguirla, con sus doctorados en el mismo campo. He sido testigo de cómo la benévola influencia de Laurie condujo suavemente a mis hijas desde las primeras etapas morales hasta la cinco, dejando atrás a su madre, a quien Laurie siempre acusó de permanecer como una instrumental etapa dos.

En algún punto en el trayecto, se coló el cuarto Laurie. Probablemente cuando la giardia se residenció en su sistema digestivo, y ella y los muchos medicamentos recetados por muchos doctores (y unos pocos autorrecetados) empezaron a menoscabar sus condiciones físicas y mentales. El cuarto Laurie continuó trabajando, a veces de modo frenético, pero se volvió menos predecible, menos optimista. Me dolía ver cómo se desvanecían su entusiasmo y su humor, verlo envejecer tan rápido. Me la pasaba instándolo a que se tomara tiempo para dar unas buenas caminatas, para cabalgar las olas, para volver a esquiar, de seguro esas cosas le permitirían recuperarse. Trabajaba demasiado y se preocupaba demasiado. Sin embargo continuó siendo el confiable núcleo de la familia, sin perderse nunca una ocasión importante ni dejar de componer sus famosos versos cojos para una boda o cumpleaños. En octubre pasado estuvo en la boda de mi hija menor, en California, con un elegante traje oscuro, que todavía no había arrugado, y una camisa nuevecita, de su talla. Ahora, sin él, nuestra familia está extraviada: a tientas, rivalizando, sin centro. Todos lo extrañamos, cada uno a su modo. Yo le sigo hablando, para mis adentros, pidiéndole su opinión sobre algún enredado asunto ético, insistiéndole en que se tome alguna divertida vacación con Ann, la mujer que amó durante todo esto. Mientras continuó trabajando con los chicos que dejó en la Escuela Secundaria Theodore Roosevelt, algunos de los cuales están aquí hoy, o cuando me reúno con sus viejos amigos, o cuando

trato de consolar a nuestra acongojada madre, de ochenta y seis años, un pensamiento me sigue acosando: Esto no tuvo que ser. Él debía estar aquí, ahora mismo, para este tributo.

Nunca dejaré de extrañar a Laurie —el hermanito que no aplicaría ni escucharía mis consejos sobre cómo criar a los niños o cómo escribir sencillo, que siempre estuvo para mí sin importar cuán descontroladas estuvieran las cosas para él, que me permitió ser parte de su vida, eventualmente de su trabajo, pero no de su muerte— ese hombre, de traje arrugado y manchado con huevo, de hablar lento, a quien siempre me referí, entre mis amigos, como “mi hermano, el genio”.

Marjorie Kohlberg Chilcoat

Larry era un buen ejemplo de lo que F. Scott Fitzgerald señaló como la prueba de una inteligencia de primer orden, “una que tiene la capacidad de considerar dos ideas opuestas al mismo tiempo, y aún así seguir siendo capaz de funcionar”.

Larry conservó esta capacidad junto con su capacidad para la empatía y la amistad mucho después del inicio de su enfermedad, y así es como le recordaré.

Eric Shopler

El Eclesiastés también nos proporciona esta conmovedora enseñanza: “Porque en la mucha sabiduría hay mucha pesadumbre; y quien añade conocimiento, añade dolor”. Tan sólo nos queda condolernos del sufrimiento de Larry, regocijándonos sin embargo, de su alegría y de la fuerza y pasión de su búsqueda.

Robert L. Selman

Hola, mi nombre es Al Kracht. Con apellidos que empezaban por Ko y Kr, a Laurie y a mí nos asignaron asientos adyacentes en casi todas las aulas por las que pasamos en la escuela. Laurie siempre tuvo un aire pensativo, era muy brillante y había leído muchísimo. Teníamos muchos intereses en común y nos volvimos grandes amigos. Según lo recuerdo, puede que él no haya sido el inventor del “estilo arrugado”, pero sin duda lo convirtió en todo un arte. Usaba ropas finas, pero siempre lucía como si hubiera dormido con ellas —y con los faldones de la camisa siempre saliéndose—.

Cada uno de los ochenta chicos del salón disfrutábamos de su compañía y lo respetábamos. Fue elegido tesorero del salón y también encargado de compras. Tenía el mejor marco de referencia en cuanto a precios, era un astuto negociador y tenía un don para manejar a los adultos. Esto resultaba útil en la librería y en las tiendas de curiosidades y de magia por las que le encantaba rondar. En la tradicional “Profecía de la clase” de nuestro anuario, fue la primera persona mencionada. Cito: “Lawrence Kohlberg, el gran científico y

ganador del premio Nobel. Ha escrito varios libros, y, en varios aspectos, corregido a Einstein”.

Laurie tenía un sentido innato del juego limpio. Él no era un atleta ni un peleador, pero cuando un chico nuevo, con acento sureño y de buenos modales estaba siendo hostigado por el buscapleitos de la escuela, porque era diferente, Laurie no estuvo dispuesto a tolerarlo. Se lanzó contra el buscapleitos, y fue derribado varias veces, pero tanto nosotros como el bravucón pudimos darnos cuenta de que Laurie no se iba a rendir nunca, y un grupo de nosotros detuvo la pelea. Ese día todos aprendimos algo acerca de lo que es luchar por un principio.

El padre de Laurie estaba decidido a que éste fuese a la Academia de Andover y por eso contrató un maestro nuestro, muy formal, el Sr. Whelan, para que lo preparara en Griego y Latín. Qué aprendió el Sr. Whelan de Laurie, eso nunca lo sabremos, pero Laurie emergió de aquello con una obra de teatro, para nuestro acto del octavo grado, titulada “Reprobando con Whelan, o todo está en griego para mí”. En ella se asignó a sí mismo el papel de un comentarista deportivo, con todo y su túnica, que cubría la noticia de la derrota de los persas ante los griegos en Maratón. Con sus amigos tras bastidores, imitando los ruidos de una batalla, hizo su entrada en escena, y desde su primera línea “¡Muchacho, qué batalla!”, desató las carcajadas. Por este y otros triunfos fue elegido el más ingenioso de la clase, sin discusión.

En Andover, me cuentan sus compañeros, fue lo mismo. Siguió siendo todo un personaje. Nada le intimidaba. Para citar al célebre Corredor de Bonos Municipales y antiguo compañero suyo, Jim Lebenthal, “Algunas personas marchan al compás de un tambor distinto... pero Laurie más bien se paseaba”.

Durante el verano de 1944 Laurie y yo nos fuimos juntos hasta Canadá, haciendo autoestop y pagándonos el viaje con pequeños trabajos y con espectáculos de magia en que Laurie se presentaba como “El gran Sardini”. Era el apogeo de la Segunda Guerra Mundial; el racionamiento de gasolina limitaba los viajes. La primera noche nos encontró en el parque frente al Capitolio de Albany. Habíamos acordado buscar algún cuarto o cabaña que no costase más de un dolar, pero Laurie se topó con un viejo y amistoso vagabundo, y estuvieron charlando hasta la madrugada sobre la historia turca y armenia. Terminamos durmiendo en los bancos del parque con un grupo de vagabundos. En la mañana todos nos fuimos acercando a la estación de tren para lavarnos. Algunos de los vagabundos trataron de mendigarme dinero, pero, para mi asombro, compartían espontáneamente lo poco que tenían con Laurie. Después él se reía diciéndome que yo simplemente no sabía cómo lucir como un vago.

Seguimos hacia el norte, hasta Montreal. Laurie desarrolló una técnica infalible para lograr que nos llevaran de gratis. Con nuestras mochilas en la espalda, nos parábamos en la acera después de alguna luz roja. Entonces él le hacía una seña al primer automóvil en la cola, con los dedos bien separados. En su segundo saludo, aparecía una pelota roja entre sus dedos, luego dos, luego tres. Los conductores quedaban fascinados y nos recogían. La magia empleada con un fin muy práctico.

Pero había pocos automóviles e íbamos lento. Matábamos el tiempo practicando los trucos de magia de Laurie, y la prestidigitación, lo cual nos vino bien en Montreal, cuando nos permitieron ofrecer un espectáculo durante la hora de aficionados, a cambio de una buena comida, en el salón de una organización canadiense de apoyo a los veteranos de guerra. Después de unos pocos días en Montreal tomamos rumbos distintos —yo hacia el este, a Quebec, él hacia el oeste, a Toronto y Detroit—. Luego nos reunimos varias veces para recordar y reirnos de nuestras hazañas, antes de que él se uniera a la Marina Mercante y yo ingresara a Princeton.

También visité a Laurie en 1947, algunos días antes de que partiera como miembro de una tripulación al servicio de la *Haganá*, en un barco que intentaba pasar refugiados judíos a través del bloqueo naval británico de Palestina. Años después nuestras familias se reunieron aquí en Cambridge, y le ví por última vez hace unos ocho años, cuando Ann y él me invitaron a cenar. Ahora estoy aquí para decir adiós, y para rendir tributo a un gran hombre cuya amistad siempre atesoraré. Ha pasado mucho tiempo, Laurie. Y quiero que sepas que yo, Bruce Stowe, Wells Darling y un montón de tus compañeros, que disfrutamos tanto conociéndote por tanto tiempo, hace tantos años, nunca te olvidaremos.

Alvin Kracht

Como pensador, Larry fue una de las mentes únicas de nuestra era. El artículo publicado en el *Boston Globe*, a mediados de abril, después de que su cuerpo fue hallado, sugería que la muerte de Larry podría atribuirse a los altos estándares que se fijó a sí mismo: Larry quería ser considerado junto a Durkheim, Freud y Dewey. Ese artículo pasó por alto un punto sutil. Larry quería ser mejor que Durkheim, Freud y Dewey; pero lo que Larry quería decir con mejor no era más famoso y ni siquiera más productivo. Él quería resolver algunos de los dilemas con los que estos grandes pensadores de nuestra cultura habían luchado. Larry siempre fue un visionario más que un académico. Los términos que introdujo en la psicología fueron aquellos términos que trascienden a las provincias de las ciencias sociales y abordan la realidad de la vida en su forma más elevada: comunidad justa, atmósfera moral, dignidad de la personalidad humana.

[...]

Larry podía asumir dos personajes en cualquier discusión. Estaba el Larry que con cierta jactancia y desenfado posaba como Etapa Seis. En realidad no importaba si así te convencía o no. El aprendizaje y la trascendencia se daban en la lucha mutua por la verdad. Más persuasivo para mí era el Larry intrigado. Después de haber declarado a todas las demás mentalidades como Etapa 5A, 4½, o lo que fuese, se apartaba de su rol y reconocía que también él estaba perplejo e intrigado por las interrogantes que planteaba. Para mi gusto, era más efectivo como maestro cuando estaba luchando por la verdad que cuando creía haberla encontrado.

Peter Scharf

Es obvio, por supuesto, que la más importante contribución profesional de Larry fue extender el enfoque evolutivo-cognitivo al estudio de la moralidad. Pero como ahora damos este enfoque por sobreentendido, resulta difícil apreciar adecuadamente su significación. Para mí, el corazón de la teoría de Larry es la convicción de que la moralidad o las acciones morales no se pueden comprender sin entender el significado que tienen las acciones para la persona que las lleva a cabo. La idea de que las creencias y la perspectiva moral de la persona deben ser tomadas en serio iba muy en contra de las principales corrientes psicológicas, incluso en épocas tan recientes como finales de los sesenta y principios de los setenta, cuando yo era una estudiante de postgrado.

La aproximación poco convencional de Larry a los métodos de investigación, estaba estrechamente relacionada con esta actitud de respeto hacia sus sujetos de investigación. Él se oponía a la irreflexiva mistificación de la estadística, según la cual las pruebas de significación reemplazan al sentido común, y las estadísticas grupales reemplazan la necesidad de entender a cualesquiera de los individuos del grupo. De hecho, Larry deseaba entender a *cada uno* de los individuos incluidos en sus investigaciones. Si uno de los sujetos de su estudio longitudinal no encajaba con el patrón esperado, el enfoque de Larry era volar hasta Chicago para tratar de entender qué estaba pasando con esa persona, y para tratar de aprender a partir de ese encuentro, dónde su propio pensamiento y expectativas se habían extraviado. Él veía a sus sujetos como gente real, nunca como números, lo cual, sin duda, explica por qué insistía en llamarlos por sus verdaderos nombres, para consternación de nosotras las personas más burocráticas, que tratábamos de que se plegara a las regulaciones y convenciones sobre tales cosas.

Larry trataba de lograr que la gente entendiera la futilidad del relativismo moral. Un relativismo irreflexivo que para muchas personas era y todavía es, en gran medida, una manera fácil de evadir los problemas morales. Cuando yo comencé a trabajar con Larry, esta postura se enseñaba de modo sistemático en casi todas las escuelas que visité. Los maestros les decían a los niños que debían respetar a todo el mundo, incluyendo a aquellos que eran distintos a ellos, y que las creencias y valores de una persona son exactamente tan válidos como los de cualquier otra persona —esto es, que no hay ninguna perspectiva moral que sea más correcta o verdadera que cualquier otra—. Por supuesto, este punto de vista era muy bienintencionado, aunque evidentemente contradictorio. Larry nos desafió a todos, a que tuviésemos el valor de decir que sí, que deberíamos respetar a las demás personas, pero que esto significa que un sistema de valores que menoscaba tal respeto, no es tan válido como un sistema que lo promueve.

Naturalmente, Larry recibió una gran cantidad de reconocimientos por lo que hizo. Pero también recibió un montón de críticas, a veces más bien amargas. Fue atacado por los relativistas liberales, por ser tan arrogante como para pensar que hay respuestas verdaderas y falsas para algunos problemas morales. Y fue atacado por los moralistas conservadores, por tener la insolencia de decirles a los niños que las respuestas convencionales no siempre son las correctas. Pareciera que ni unos ni otros entendieron realmente lo que él trataba de decir.

Larry era un académico y un intelectual de cabo a rabo. Él enfocaba todo lo que hacía con una inquisitividad que iba mucho más allá de las fronteras disciplinarias. Su trabajo se

nutría fácil y naturalmente de la filosofía, la sociología, la teoría social y la educación. Creo que esto fue posible, en parte, por el hecho de que en ciertos sentidos, incluso en la cumbre de su popularidad, él se mantuvo al margen del *establishment* psicológico. Al final, creo que él se permitió alejarse demasiado de esa ortodoxia y se desconectó más de lo que era provechoso, pero durante la mayor parte de su carrera esta distancia puede haber sido más beneficiosa que perjudicial.

Quisiera recordarles también del optimismo que caracterizaba al enfoque evolutivo-cognitivo en el que Kohlberg creía tan apasionadamente. Una perspectiva que se centra sobre la siempre presente posibilidad de cambio, la dirección positiva del cambio, y la estabilidad de ese crecimiento una vez que ocurre. Larry creía que la participación y la influencia social podían conducir a un crecimiento sostenido a todo lo largo de la vida, y escribió de modo convincente sobre el desarrollo moral durante la adultez y la vejez. Esta es una visión optimista y afirmativa de la vida, una en la cual creía completamente. Ahora, puede ser difícil para nosotros reconciliar este optimismo con el hecho de que Larry eligió matarse. Para aquellos que lo amamos, creo que a todos nos gustaría pensar que en sus últimos momentos, la mente de Larry estuvo llena de una serenidad que podía provenir, por encima del dolor físico y de la angustia emocional, de una perspectiva que él derivó a partir de Spinoza y de otros, y sobre la cual escribió en su artículo sobre la Etapa 7.

Larry seguramente vivió sus momentos más felices en su casa del Cabo. Cuando estaba allí, nunca dejó de sentirse cautivado por la belleza de la costa y del mar. Siempre he visto su artículo sobre la Etapa 7 como una expresión de las experiencias que tuvo, más vívidamente, en el Cabo. Consolémonos, lo mejor que podamos, del hecho de que el mar tenía para él estas asociaciones y significados. Terminó, citando de ese artículo:

Y si amamos a la Vida, a la Naturaleza o a Dios, seremos capaces de sobreponernos a todos los dolores de la vida. Los dolores de la vida son causados por desilusiones o pérdidas en nuestro amor por determinadas personas o metas. Pero si nos mantenemos conscientes de la relación de todas las personas y cosas con el todo de la Naturaleza o de Dios, entonces continuaremos amando el todo a pesar de las desilusiones o pérdidas. Y si amamos la vida o la Naturaleza, hasta seremos capaces de enfrentar nuestra propia muerte con ecuanimidad, puesto que amaremos la vida más que nuestra propia, particular y finita vida. El reto de nuestra supervivencia sólo puede ser enfrentado mediante la identificación o unión con algo más eterno, y, decía Spinoza, el conocimiento de y el amor a la Naturaleza o a Dios son una forma de unión. Conocer es ser parte de la verdad mayor, y como todos sabemos, amar es unión. En un sentido mitad poético, mitad lógico, pero nunca sobrenatural, nuestra mente es parte de un todo, afirmó Spinoza; y si conocemos y amamos lo eterno, en cierto sentido, nosotros mismos somos eternos.

Anne Colby

[...] Me gustaría hablar por un momento sobre el rol de lo particular —esto es, de la judeidad— en la aspiración a lo universal que caracterizó la vida de Larry Kohlberg. Porque, creo que fue la tensión entre ambas cosas la que en última instancia le condujo a sus singulares elecciones personales, profesionales y filosóficas. Así nuestra plegaria debería estar contrapunteada por algunas reflexiones sobre las tensiones entre la persona que toma parte en la suerte de los judíos en el siglo veinte, y el estadounidense plenamente integrado a su país y comprometido con un mundo más allá de cualquier estrecha división según la raza, religión o nacionalidad.

Larry fue un estadounidense, un hombre profundamente compenetrado con el pensamiento estadounidense, así como un hombre que creía en las instituciones democráticas de su país. Su padre era judío, su madre cristiana. Él estaba comprometido a ser judío, no en un sentido religioso, sino como una afinidad. [...]

Mi primer encuentro con una discusión de “comunidad justa”, a la Kohlberg, estuvo enfocado en Israel y su relación con los palestinos. Fue un diálogo estimulante, aunque con poco debate. Él y yo concordamos en que Israel y los israelíes tenían la obligación moral de apoyar una solución justa para los palestinos. Pero, entre las pausas, yo supe que había conocido un hombre cuya compasión era tan grande como sus facultades intelectuales. Esa tarde comenzó una odisea intelectual para mí. Comencé a estudiar con Larry, quien mientras tanto apoyó la creación de una psicología clínico-evolutiva. Entonces el maestro se convirtió en mentor, y el mentor se convirtió en amigo cercano.

Las bases establecidas esa primera tarde eran visibles también en una de nuestras últimas tardes. Yo le pregunté a Larry sobre sus “remordimientos en la vida”, los proyectos inconclusos y las acciones omitidas. Larry sabía que había hecho una contribución duradera y que su trabajo sobreviviría a las muchas críticas del momento. Pero uno de sus remordimientos llevó a nuestro diálogo de vuelta a Israel y el Medio Oriente. Un grupo de estudiantes de Harvard le había pedido a él, y a otros docentes, servir como observadores civiles en el Líbano, a fin de ayudar a proteger a los palestinos. Otros compromisos impidieron el viaje, y como ya sabemos, ocurrieron masacres. Mi comentario —que el no participar en el viaje pudo haberle salvado la vida— no tuvo impacto alguno. Larry era un optimista y una cierta clase de sobreviviente, pero también creía en lo que tiene que hacerse.

Gil G. Noam

Larry Kohlberg murió el 19 de enero de 1987. Se suicidó ahogándose. Su cuerpo fue recuperado de la Bahía de Boston el 6 de abril.

En 1971 Larry contrajo una infección parasitaria mientras hacía investigación transcultural en Belice. Por los restantes dieciséis años de su vida sufrió dolores, a veces más intensos, a veces menos, a veces por períodos cortos, a veces por períodos largos, pero vivió con una conciencia cada vez mayor de que el dolor, familiar y terrible, se había

convertido en parte de su vida. Viviendo con él durante los últimos doce años, le ví luchar tratando de manejar el dolor de modo que interfiriese lo menos posible en su vida y en su trabajo. También ví sus intentos por ignorarlo, simplemente, y más a menudo ví sus constantes esfuerzos por sobreponerse al dolor y tener una vida de productividad, responsabilidad y amor.

Larry era un hombre profundamente racional y a comienzos o mediados de los años setenta comenzó a pensar y a escribir sobre temas morales y éticos que iban más allá de los que había abordado en su teoría del desarrollo del juicio moral. Él se refirió a ese trabajo sobre cuestiones religiosas y ontológicas como una metafísica “Etapa 7”. En esos escritos, sobre los cuales continuó trabajando casi todos los veranos en el Cabo Cod, buscó respuestas racionales a lo que calificó como “la más atonadora de todas las dudas: ¿Por qué ser moral? ¿Por qué ser justo en un universo que es básicamente injusto?” Interrogantes que implican preguntarse también “¿Por qué vivir?”, y la pregunta paralela, “¿Cómo enfrentar a la muerte?”

No estoy sugiriendo que el interés y preocupación de Larry por estas grandes interrogantes se generara a causa de su enfermedad. Tales pensamientos y preocupaciones eran claramente parte de él, de su persona. En retrospectiva, sin embargo, tal vez sea cierto que el genio de Larry, y en cierta medida la enfermedad, le impulsaron a través del ciclo de vida humano llevándole a contestar por sí mismo, a los cincuenta y nueve años, las preguntas “¿Por qué vivir?” y “¿Cómo enfrentar a la muerte?": su ciclo de vida se había completado. Ahora me gustaría compartir con ustedes algunos aspectos de la filosofía personal de Larry leyendo unos pocos pasajes de sus escritos y de sus apuntes inéditos. Una fuente de aliento en su vida fue la idea de que las soluciones significativas para estas grandes interrogantes implicaban experiencias contemplativas de tipo no-dualístico: esencialmente, la sensación de ser una parte del todo que es la vida, y la adopción de una perspectiva cósmica, a la que Spinoza llamó “el descubrimiento de la unión de la mente con la totalidad de la naturaleza”.

En su libro sobre *La filosofía del desarrollo moral*, Larry presentó a Marco Aurelio como un ejemplo de la “Etapa 7” —alguien cuyas creencias también eran sentidas personalmente por Larry—. Larry describió a Marco Aurelio y al estoicismo de este modo:

El contenido de la fe de Marco Aurelio, como el de todos los estoicos, es simple, casi árido. Comienza con la creencia de que el universo puede conocerse, tiene unas leyes y está en evolución. Al referirse al principio último, legal, racional y evolutivo del universo, Marco Aurelio no intenta separar a dios de la naturaleza. A veces llama a este principio *dios*, a veces *naturaleza*. A partir de esta creencia, él deriva una visión de ley natural de la moralidad que le da fuerza para actuar en términos de principios universales de justicia en medio de un mundo injusto. Esto también le da la paz que viene de sentirse uno mismo como una parte finita de un todo infinito.

Citando a Marco Aurelio:

La vida de los mortales no puede ofrecer nada mejor que la justicia y la verdad; esto es, la paz mental de la conformidad de tus acciones con las leyes de la razón. Tu destino no es algo que puedas controlar. Hasta los caprichos del azar tienen su lugar en el plan de la naturaleza. Tú mismo eres parte de ese universo. Recuerda siempre lo que el mundo-naturaleza es, lo que tu propia naturaleza es, y que tu naturaleza es tan pequeña fracción de un todo tan vasto. Entonces reconocerás que ningún hombre puede impedir que cada una de tus palabras y de tus hechos esté en conformidad con la naturaleza de la cual eres una parte.

Entre sus apuntes del año pasado, para un artículo a titularse “La virtud como autocomprensión científica: las perspectivas de Freud y de Spinoza”, Larry escribió:

Según Spinoza, entonces, hay cuatro pasos para enfrentar las tres principales emociones negativas o dolorosas: el odio, la depresión y la ansiedad. El primer paso es el claro reconocimiento de que las emociones dolorosas son dolorosas, y de que en la medida en que son dolorosas no tienen validez moral. La envidia, la venganza, la culpa, la indignación moral, son justificadas como válidas y con fundamento por la ética convencional aunque sean fuentes de dolor para uno mismo y para otros. En su tratamiento de estas emociones Spinoza es profunda e intransigentemente hedonista, más intransigente que Bentham, Mill o B.F. Skinner. El ser portador de dolor para sí mismo y para otros es éticamente injustificable a menos que sea para prevenir un mayor dolor. El lenguaje moral no justifica las emociones causantes de dolor sin importar cuál sea su rol en la preservación de la moralidad convencional.

El segundo paso para conquistar las emociones dolorosas y pasivas es entender sus causas intelectualmente, lograr una comprensión de sus causas instintivas y circunstanciales. Ése es el programa central del psicoanálisis freudiano. Tercero, Spinoza extiende esta comprensión de las emociones no sólo a las propias emociones sino también a las de los demás. En la medida en que los amores y odios de otros sean entendidos como causalmente determinados, en lugar de libremente elegidos, cesarán de suscitar emociones de odio y de dolor como respuesta. Y si nos esforzamos conscientemente por amar a otros por quienes tenemos una mezcla de emociones, el amor triunfará sobre el odio.

El cuarto y más importante paso hacia la libertad humana y la felicidad es amar aquello que es más digno de amor, o la causa permanente del amor: la Vida, el Universo, Dios o la Naturaleza. Las personas a las que amamos pueden morir, pueden dejarnos, pueden llegar a odiarnos y a causarnos dolor. Si amamos la fuente de las alegrías percederas que experimentamos —Dios, la Naturaleza o la Vida, en sí misma— nuestro amor encontrará una fuente de dicha permanente.

Que Larry amaba la Vida y prodigó amor para embellecer las vidas de otros, quedó plasmado en las remembranzas de Larry hechas por un estudiante de un programa diseñado con el enfoque de la comunidad justa, para desertores del sistema educativo, en la Escuela Secundaria Theodore Roosevelt, del Bronx. Dijo él:

“Estoy aquí para hablar sobre Larry. Él se preocupaba por nosotros y nos amaba de un modo muy especial.

Si él estuviese aquí estaría tan orgulloso de nosotros y de los progresos que hemos estado haciendo al pasar nuestras materias y mantenernos en la escuela.

Aunque no estaba en buenas condiciones, seguía viniendo a las Reuniones de Agenda para estar y hablar con nosotros.

Era una persona especial en nuestras vidas, y al igual que Ann, muchas veces dedicó tiempo a hablarnos sobre nuestras clases y estudios.

Larry era una buena persona, dulce y gentil.

Él hizo a esta Escuela lo que es hoy. Sigán haciendo este buen trabajo, amigos”.

Ann Higgins

[...] Ahora, sin él, la mejor manera de honrar su memoria es continuar la investigación rigurosa y la crítica incisiva, así como perseverar en el compromiso con los temas centrales de la agenda humana que marcaron su vida. Ahora leeré a Wordsworth, porque a Larry le encantaba.

James Fowler

Pues aunque el resplandor que una vez fue tan brillante
 Ahora haya sido apartado de mi vista para siempre
 Aunque nada pueda devolver la hora
 Del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores;
 No debemos afligirnos, sino encontrar
 Fuerzas en lo que permanece;
 En la simpatía primigenia
 Que habiendo sido deberá por siempre ser;
 En los consoladores pensamientos que brotan
 Del sufrimiento humano;
 En la fe que mira a través de la muerte,
 En los años que traen consigo al pensamiento filosófico.

W. Wordsworth – Atisbos de inmortalidad

